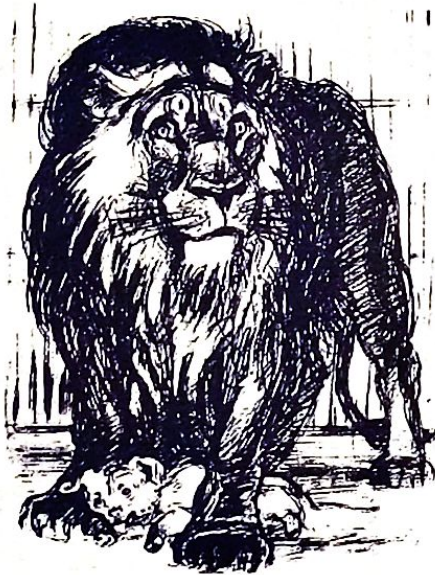




un recurso de vida

que le hablan y un cielo con nubes candidas y risueños arco iris con los que mi niño se divierte. En ese mundo, le ofrecen cestas cargadas de brillantes y coloreados juguetes. Ir hasta donde los mensajeros desconocidos reciben y entregan sus mensajes; conocer los reinos de esos reyes que se.. Hasta donde las acciones se desprenden de sus cadenas de verdad...

Rabrindranath Tagore.



El "Wakauya" Serapio

El Wakauya Serapio era un arrapiezo gordillo, con una cara ancha y gruesa que hacia pensar expresamente en el de la vaca. Tenia los ojos muy grandes y negros, con una mirada como de agua estancada. Caminaba con paso lento y pesado, como justificando su apodo. Siempre llevaba algo en la mano: un palo, una honda, cuando no una pelota o un trompo.

No éramos amigos y yo le conocia sólo de vista. Era un simple mirón, no nos dirigia la palabra y de un momento a otro tomaba el hatillo.

Un día esperando yo en la puerta a los amigos y en lugar de ellos apareció el Wakauya. se me puso delante y me invitó a jugar. De entrada no le acepté por esperar a los míos. mas, como ninguno acudia, tuve que avenirme, no me pesó, porque el pobre dejó en mis manos todos su chuwis, hasta el último. Al día siguiente trajo más chuwis, fue admitido por todos y desde entonces fue uno más en el grupo. Jugaba con mucho tiento, con cálculo, casi con recelo. Si salía ganancioso, se ponía exultante y se iba como si llevara cascabeles, pero siempre con paso tardo y ponderoso; si perdía, se alejaba malhumorado como ofendido.

El Wakauya, como las monedas, tenia su reverso. Entonces se transformaba, le brillaban los ojos y su palabra era fluida y cristalina, en tanto que su imaginación asombraba por su agilidad y por su riqueza. Contaba que nos arrancaban las más sonoras risotadas. A veces expedíase como una persona mayor, siendo así que no nos llevaba sino con uno o dos años, cuando mucho tres.

Pero cuando el Wakauya nos dejó deslumbrados fue una tarde en que nos dijo, con cierto aire de misterio:

-Esta noche iré a atrapar la luna.

Nos quedamos sin palabra, estupefactos. Viendo el efecto que su insólito anuncio nos habia producido, el audaz prosiguió:

-Lo he pensado bien, sé cómo hacerlo.

-¿Cómo? -preguntó Valerio, un tanto repuesto del estupor-. La luna anda a mucha altura.

-Sin saber no hay que hablar, chiquillicuatro -embistió el Wakauya-. De la cumbre del cerro no es difícil alcanzarla. Sólo que hay que saber cómo hacerlo y en qué momento.

Otra vez sin palabra. El picaruelo creció a mis ojos como un gigante. Pensé que no habia en el mundo un hombre como él, capaz de todo.

-No necesito -continuó el pillin- más que una cañahueca grande, que ya la tengo. Con ella haré que la luna caiga en mis manos esta noche. ¡Qué feliz voy a ser! La venderé en hartos, muy hartos dinero. Mis padres tendrán para comprarse una casa y otras muchas cosas y yo me echaré un par de botines y un buen traje y viviré muy contento.

Yo no puse en duda aquellas palabras. Hallábame convencido de que en efecto esa noche mi amigo bajaría del cerro con la luna en las manos. Los otros, seguramente también, ya que ninguno despegó la boca.

Al día siguiente el Wakauya vino muy serio y algo cabizbajo.

-¿Y? ¿La luna? -le preguntó Valerio.

-Hermanitos, me falló un poco la cosa. No calculé bien el tiempo de la subida a la cumbre. Yo debía estar listo allí en el momento en que la luna se asomaba, porque es cuando ella se encuentra más baja. Pero cuando llegué ya estaba muy arriba, y ni pensar siquiera en alcanzarla. Pero esta noche no se me escapa.

Al día siguiente le aguardamos todos ansiosos, con la esperanza de oírle noticias más halagueñas. Pero él no vino. Ni al otro día, ni después, hasta quizás una semana. Cuando por fin se acordó de nosotros, le recibimos con una salva de exclamaciones, en las cuales sonajebaba nuestra expectación. Él lo comprendió y apresuróse a explicarnos:

-Tampoco me ayudó la suerte. Llegué a tiempo, pero la cañahueca me resultó algo corta. Si me llevaba dos en vez de una, la luna era mía.

Deploramos en silencio la mala suerte del amigo y con evidente desgano echamos mano a las carrujillas.

Jesús Lara (Cochabamba, 1909 - 1980)

Tomado de "El niño en el cuento boliviano" de Victor Montoya.

el perrito

vajes, cobrando por ello dinero o tomando perros y

to en la calle y lo llevó al parque. Le dejaron pasar, miera.

rabo entre piernas. El león se acercó a él y lo olfateó. ltas y agitó la cola.

león.

lo y a otro y no tocó al chucho.

te, éste arrancó un pedazo y dejó el resto al perrito.

se tendió a su lado y descansó la cabeza en una pata

el león. Éste no tocaba al chucho; comían y dormían

onoció a su perrito; dijo al dueño del parque que el

ueño quiso devolverlo, pero, cuando se pusieron a

rizada la melena, rugió furioso.

en una misma jaula.

león dejó de comer y no hacia más que oler al perrito,

a muerto, dio de pronto un salto, y, erizado el pelo,

la pared de la jaula y se puso a roer los cerrojos y el

rugiendo y, luego, se tendió al lado del perrito muerto

de la jaula al perrito muerto, pero el león no dejó que

le daba otro perrito y metió en la jaula un chucho

razó entre sus patas al perrito muerto y no se movió